

El pensamiento marxista cubano de la década del 30 del siglo XX: creatividad, irreverencia y actualidad

(Segunda parte. Los aportes de Guiteras y Pablo fuera de las filas del partido comunista)

Daniel Rafuls Pineda

A la par con el pensamiento de Julio A. Mella y de Rubén Martínez Villena, expuestos en artículo anterior, otros líderes revolucionarios marxistas cubanos también hicieron significativos aportes, de gran originalidad, a la práctica política antioligárquica, antiimperialista y socialista en Cuba. Pero muchos de ellos, desplegaron su actividad revolucionaria fuera de las filas del Partido Comunista, lo que, asimismo, constituyó otro importante antecedente de la Revolución de enero de 1959.

En este sentido, las vicisitudes de Antonio Guiteras, como secretario de gobernación del expresidente Grau, y las tribulaciones por que transitó Pablo de la Torriente Brau, hasta su muerte, dan testimonios de la autenticidad de un pensamiento que más allá de la evidente superación de los lineamientos de la Internacional Comunista de la época, llevaba la impronta de lo mejor del pensamiento teórico anticapitalista de Carlos Marx y de las más preclaras recomendaciones prácticas de la lucha antiimperialista de José Martí.

Guiteras: un teórico de la construcción socialista

Antonio Guiteras por ejemplo, como otros revolucionarios cubanos, se acerca al marxismo también a través de las ideas emancipadoras de José Martí. Pero fue más consecuente con la concepción de ***alianzas políticas*** para la lucha que implementó Mella, que con la que desarrolló Villena hasta su cambio de ***táctica política*** ante la caída de Machado. Por eso hacia 1932, él decide romper con los viejos caudillos nacionalistas y unificar todas las pequeñas agrupaciones antimachadistas, que ya lideraba, a través de la organización que llamó Unión Revolucionaria (UR).

Formando parte de la UR, Guiteras redacta varios manifiestos. Uno de los más importantes, presumiblemente escrito también en 1932, ha sido conocido como el

Manifiesto al pueblo de Cuba. Este documento, considerado uno de los más radicales y progresistas de la época, además de invocar a la lucha armada con el objetivo de derrocar a la dictadura, proponía importantes medidas para cuando las fuerzas revolucionarias llegaran al gobierno. Entre las de mayor significación social destacaban: la recuperación de bienes malversados, la moratoria de la deuda exterior, la legalización del movimiento comunista, el reconocimiento de derechos sociales a los obreros, la nacionalización de los servicios públicos y medidas concretas contra el latifundio¹.

Luego de dos años de la difusión de ese manifiesto, y como consecuencia de las vicisitudes del momento, Guiteras pasa a ocupar la posición de Ministro de Gobernación en el llamado Gobierno de los 100 días que, entre el 10 de septiembre de 1933 y el 15 de enero de 1934, presidió Ramón Grau San Martín. Bajo la oportunidad que le brindó el mencionado cargo, él promovió algunas medidas sociales importantes, de primera necesidad, que resultaban inaplazables para los sectores más pobres del país. Particular importancia entre ellas tuvieron la reducción del precio de la energía eléctrica y la intervención de la compañía cubana de electricidad, lo que significó un duro golpe al imperialismo sin llamarlo por su nombre.

Aunque estas medidas fueron consideradas muy radicales y tuvieron gran respaldo social, la posición claramente antiimperialista de Guiteras, no fue confirmada por él hasta 1934, cuando en su artículo “Septembrismo” señaló “ (...) un movimiento que no fuese antiimperialista en Cuba, no era una revolución”². Esto era parte de su propia asimilación de las ideas de Mella y originariamente de Martí, de hacer público sólo lo necesario y en el momento preciso.

La posición realmente más radical de Guiteras, desde el punto de vista programático sin embargo, no se reveló hasta mayo de 1934, cuando fundó su obra teórica y práctica más acabada: La Joven Cuba.

Esta organización que, según su propio fundador, tenía los objetivos de realizar una insurrección armada para derrocar al gobierno de Caffery-Batista-Mendieta, asumir el poder e implantar una “dictadura revolucionaria”³, también aprobó una

¹ José A. Tabares del Real “Guiteras”, *Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp.118-124*

² *Bohemia, Vol. XXVI, No.II, año 26, 1 de abril de 1934, p.38.*

³ *José A. Tabares del Real. Obra citada p.274*

plataforma política que fue asumida en los hechos como el programa mínimo de la **revolución agraria, democrática y de liberación nacional**.

El programa de Joven Cuba contó con dos partes: una primera donde se fundamentaban sus puntos de partida y **objetivos políticos** de lucha y otra que puntualizaba las medidas concretas a tomar para transformar el país. La radicalidad de sus propuestas se revela desde las primeras páginas donde plantea: “(...) para que la ordenación orgánica de Cuba en nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del socialismo”⁴.

Pero Guiteras reconoce que esta estructuración socialista del Estado no podía ser lograda de golpe porque “las transformaciones de los pueblos están limitadas por realidades histórico-económicas de una parte y realidades espirituales de otra; las transformaciones sociales requieren posibilidades de conciencia- subjetivas- tanto como posibilidades ambientales- objetivas (...) y no demandamos ni esperamos de la realidad más que lo que ella encierra ya de maduro en su seno. El Estado Socialista no es una construcción caprichosamente imaginada; es una deducción racional basada en las leyes de la dinámica social (...) Al Estado Socialista nos acercaremos por sucesivas etapas preparatorias”⁵. Por eso el líder revolucionario afirmaba que Joven Cuba era apenas el programa trazado para la primera etapa de la revolución y por eso también promovía algunas medidas que, aunque iban a beneficiar el desarrollo político, económico y social del país, en ningún caso atentaría, ni contra la posibilidad de que sectores de la burguesía y de otras clases medias antimachadistas formaran parte del gobierno, ni contra la propiedad de la burguesía, *per se*, que hubiera sido alcanzada por medios lícitos. En este último sentido a lo máximo que se aspiraba era a un ordenamiento del control estatal a través de una reforma tributaria, que hiciera recaer el sistema impositivo sobre las clases acomodadas (punto e).

Particular significación en el otorgamiento de un límite a la explotación de los recursos naturales en general, y de la tierra en específico, lo tuvo la promoción de los incisos c y d, acerca, respectivamente, de la nacionalización de las riquezas del subsuelo y de la implantación de la reforma agraria, como parte de la Reforma Económica, Financiera y Fiscal a que invocaba el Programa de Joven Cuba.

⁴ Olga Cabrera “Guiteras. El Programa de la Joven Cuba”. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana Cuba, 1974, p.101

⁵ *Idem*, pp. 102-103

Todas estas medidas, junto a la estimulación de la pequeña industria, el fomento de empresas nuevas (inciso b del acápite Industria) y la creación de formas cooperativas de producción, entre otras que, de alguna manera, también marcaban un carácter antiimperialista, eran muestras de que, para Guiteras, el tránsito al socialismo podía iniciarse sin acometer un proceso masivo de expropiaciones y nacionalizaciones de la industria que implicara el traspaso de los medios fundamentales de producción, de forma predominante e inmediata, a la propiedad y el control del Estado⁶.

Una condición clave para garantizar el éxito de la primera etapa era que el **poder político** fuera reflejo fiel del poder económico⁷, lo que formaba parte de su convicción de que todas las fuerzas productoras, a través de sus representantes, tuvieran su cuota de **participación política** proporcional en el gobierno, tanto nacional como municipal⁸. Por eso, frente al fracaso del **sistema de partidos políticos** en Cuba y ante la necesidad de fortalecer la economía nacional Guiteras planteó: “Estableceremos la democracia funcional fundada en la participación que, como trabajador manual o intelectual, toma el ciudadano en la vida del Estado. Así dentro del nuevo régimen, obtendrán posiciones en representación de sus intereses de clases, profesionales, obreros, campesinos comerciantes e industriales, estos dos últimos, no precisamente por su condición de capitalistas, sino por el rol que realiza el primero en la distribución de la riqueza y el segundo en la aplicación de la técnica a la transformación de la naturaleza”⁹. Esta era, justamente, la manera concreta en que se iba a implementar la “dictadura revolucionaria” que él auguraba

⁶ *Esta era una posición teórica totalmente compatible con los postulados teóricos más generales de Marx, Engels y Lenin sobre el tema. En este sentido, a pesar de todos los textos de la “era soviética” que puedan hacer referencia a alguna supuesta aprehensión de Lenin con respecto a la necesaria preponderancia de la propiedad del Estado como condición sine qua non para iniciar la construcción del socialismo, conviene recordar los primeros años de la revolución rusa. Aún en 1920, el sector socialista de la economía, no era predominante en Rusia. Por esta fecha a él correspondía apenas el 36% de la Renta Nacional, el 44% de la Producción Industrial Global y el 3% de la Producción Agrícola Global. (Ver: “Las vías de Transición del capitalismo al socialismo” de V. Neznánov. Serie BCP. Libro 5. Editorial Progreso Moscú 1982 p.78).*

⁷ *Idem, p.107*

⁸ *Idem, p.108. En este sentido puntualizó que “El régimen municipal se reemplazará por Consejos locales integrados por representantes de las tres grandes fuerzas sociales; o sea, la riqueza, la intelectualidad y el trabajo.*

⁹ *Antonio Guiteras en “Hombres de la Revolución”, Instituto Cubano del Libro, La Habana, Cuba, 1971 p.46.*

para esa primera etapa¹⁰ y que, como fundamento esencial de un período preparatorio, conscientemente dirigido a crear las bases del socialismo (aunque no fuera explicitada por razones de unidad), sólo podía sustentarse en la **hegemonía política de los trabajadores**, la fuerza que llevaba el peso fundamental en las luchas sociales.

Pablo: de la utopía a la O.R.C.A.

En este contexto Pablo de la Torriente Brau también jugó un papel cimero.

El Mártir de Mahadahonda¹¹ se incorpora a la lucha revolucionaria cuando Mella y Rubén Martínez Villena ya eran personalidades importantes. Como ellos, él transita por un proceso de **maduración política** que lo lleva de una confrontación inicial contra los gobiernos de turno, donde concientiza la importancia de la lucha antiimperialista, hasta concebir la conquista de la independencia nacional como un paso intermedio necesario para alcanzar la plena liberación política y económica que se haría posible sólo dentro de los marcos del socialismo.

En la actividad práctica y teórica de Pablo se perciben dos etapas fundamentales: una primera vinculada a la fundación del Ala Izquierda Estudiantil (AIE), la elaboración y firma de su Manifiesto¹² y la publicación de diferentes textos con mensajes antimachadistas y antiimperialistas (que se difundieron entre 1934 y 1935 a través de la revista universitaria Alma Mater del órgano de prensa del AIE, Línea

¹⁰ *Idem, p.41*

¹¹ *Bajo este calificativo, el autor Alberto Alfonso Bello, tituló su ensayo biográfico sobre Pablo de la Torriente Brau. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003.*

¹² *Durante los días de prisión, por la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930, un grupo de jóvenes estudiantes del Directorio Estudiantil Universitario (DEU), decidió fortalecer la incipiente AIE e hizo pública su intención de luchar contra el imperialismo, y de vincular sus batallas sectoriales a las de los trabajadores, por el papel protagónico de estos en la revolución social. Para lograr esos propósitos, ellos se planteaban como métodos, la movilización de las masas a través de huelgas y manifestaciones (que podría lograrse con la ayuda de su órgano de prensa que ellos llamaron Línea) contra el gobierno, y como objetivo, la creación de una sociedad socialista. Un lugar muy importante en el desarrollo de esta táctica de lucha, lo jugó el Manifiesto-Programa del AIE que se dio a conocer el 3 de febrero de 1931. En este documento, al tiempo que se arremetió contra la política oportunista de parte de la dirección del DEU, también se destacó la postura del AIE como “organización revolucionaria antiimperialista” y se “planteó la necesidad de formar un frente único con los trabajadores, para enfrentar la dictadura machadista y la intromisión imperialista en el país”. Ente los promotores más destacados del AIE, junto a Pablo, se encontraban Raúl Roa, Gabriel Barceló, Ladislao González y Carlos Rafael Rodríguez. Ver: Alberto Alonso. Obra citada pp. 87-88.*

y del periódico Ahora) y otra etapa relacionada con lo que fue su segundo exilio motivado por el fracaso de la huelga de marzo de 1935.

La llegada de Pablo a Nueva York, en abril de ese año, significó, si no una página radicalmente nueva en el desarrollo de su estrategia revolucionaria, al menos sí una oportunidad de confrontar, desde las condiciones del propio imperio yanqui, su concepción personal acerca de los objetivos inmediatos y futuros de la lucha antiimperialista y de las distintas vías que se debatían en el interior y exterior de Cuba para alcanzar la plena liberación nacional y social de nuestro país.

Durante su estancia en territorio norteamericano él participó activamente en el Club Julio Antonio Mella, en actividades de distintas organizaciones revolucionarias de emigrados latinoamericanos, y fundó el Club cubano José Martí, cuyas consignas principales: ¡Contra el imperialismo! y ¡Por la libertad de Cuba! constituyeron el núcleo fundamental de la convocatoria de Pablo y sus compañeros a una amplia **alianza política** antiimperialista. “Frente Único” fue justamente el nombre del órgano de prensa oficial de una de las **agrupaciones políticas** que fundó Pablo, y que mayor trascendencia tuvo entre todas a las que él estuvo vinculado directamente: la Organización Revolucionaria Cubana Antiimperialista (ORCA).

La ORCA, como la ANERC de Julio A. Mella y la Joven Cuba de Guiteras, siguiendo el espíritu de la concepción martiana del Partido Revolucionario Cubano (creado para dar al traste con el colonialismo español de fines del siglo XIX), fue la respuesta de los patriotas cubanos, de la década del 30, a la necesidad de crear un frente unitario de fuerzas revolucionarias para desplazar del **poder real** en la **toma de decisiones políticas**, dentro del **Estado cubano**, al imperialismo norteamericano y a su fachada política de primera instancia: el gobierno burgués-terrateniente de turno.

Un lugar de particular importancia en la concepción de unidad del autor de “Realengo 18”, se percibe de la carta que a nombre de ORCA, y como su secretario general, él envió al Comité Central del PCC en Octubre de 1935¹³. Allí, entre otras ideas, se patentizaron tres mensajes centrales: primero que, como decían los comunistas, sin unidad contra el gobierno y el imperialismo las “probabilidades de

¹³ El 26 de septiembre de 1935, el PCC mandó una comunicación al Comité Ejecutivo de la Delegación Central de ORCA en Nueva York, con el objetivo de fijar sus condiciones para una insurrección victoriosa en Cuba. La respuesta de ORCA (a través de Pablo) a este envío, tiene como fecha el 23 de octubre de 1935. Ver: *Pensamiento Crítico* No. 39 abril de 1970.

victoria se reducen al mínimo”; segundo, que un movimiento de huelga general precisamente por la desunión entre las fuerzas revolucionarias, era, realmente, “impracticable” y tercero, que la garantía de la durabilidad de la revolución dependía de la destrucción, por la fuerza, en bloque, del viejo ejército, y de la creación de uno, radicalmente distinto, que fuera capaz de fomentar nuevos valores.

La simpatía de Pablo por los comunistas y sus proyectos estratégicos, iba más allá de su integración al AIE y de las publicaciones que hizo en el periódico Bandera Roja. Ello también se expresaba en otra carta, dirigida a Raúl Roa, donde a pesar de mostrar preocupación a raíz del pacto hecho entonces por el PCC con los auténticos¹⁴, también consideraba apropiado el momento para convocar a esas dos organizaciones, y a otras, a una Conferencia donde discutir la conveniencia y condiciones de un Frente Único.

Su convicción con respecto a la crisis que todavía sufría el Partido Comunista, y en cuanto a que el Frente Único “(...) parece la mejor, por no decir la única arma de posibilidades efectivas por la que debemos y tenemos que luchar”¹⁵, no eran afirmaciones casuales; ellas estaban asociadas a su consideración por un lado, de que los comunistas, a fines de 1935, todavía no habían logrado reorientar, de manera coherente y convincente, su nueva táctica de **alianzas políticas**, y por otro de que, en las condiciones de Cuba, a diferencia de algunas opiniones de entonces, nunca se podría crear un partido de masas¹⁶. En este sentido son conocidas las polémicas entre Raúl Roa, el propio Pablo¹⁷ y otros colegas suyos.

Mientras Roa, por ejemplo, ante el fracaso del Frente Único al que ORCA había estado convocando, consideraba oportuna la creación de un **Partido Único** que reflejara claros intereses de clase y cuya proyección estratégica estuviera dirigida hacia el socialismo, Pablo expresaba un punto de vista distinto. Él creía que esta

¹⁴ Pablo de la Torriente Brau, “Cartas cruzadas”, Editorial Letras Cubanas, Ciudad de la Habana, 1981, pp. 193-194. Aunque hacía unos meses, el VII Congreso de la Internacional Comunista (como parte de una nueva táctica de lucha), había otorgado una amplia autonomía a los partidos comunistas para concertar **alianzas políticas**, y desde el V Pleno del Comité Central del PCC (celebrado entre agosto y septiembre de 1933), los comunistas cubanos ya habían reconocido sus errores anteriores de sectarismo, estos últimos, a fines de 1935, todavía no habían logrado encontrar el necesario respaldo popular ni los fundamentos más sólidos para las nuevas alianzas.

¹⁵ *Idem*, p. 195.

¹⁶ *Idem*, pp. 222-223

¹⁷ *Idem*, pp. 226-230, 273-274, 276-278, 297-298, 538-539 y p.558

idea era ingenua e inapropiada para los tiempos que se vivían, sobre todo, por dos razones principales: primero, porque durante la segunda mitad de la década del 30 del siglo XX todavía existían razones para que clases y grupos sociales diferentes, reunidos en distintos **partidos políticos** y otras organizaciones, pudieran formar parte de un frente común de lucha contra el imperialismo que les permitiera, sin perder completamente su **autonomía política**, tener una **representación proporcional** en el **gobierno provisional**, hasta tanto se cumpliera el programa revolucionario mínimo previsto. Y después, porque convocar a la formación de un **partido único**, cuando el **Partido Auténtico** gozaba de significativo prestigio dentro del pueblo, y en medio de una época de grandes divisiones entre las fuerzas revolucionarias, ponía en manos de las fuerzas de derecha el control real sobre las masas de obreros y campesinos, los sectores más importantes de cualquier alianza antiimperialista.

Las opiniones más trascendentales y profundas de Pablo de la Torriente Brau sobre el tema del socialismo, sin embargo, sólo pueden ser encontradas en su famosa y larga carta a Roa del 13 de junio de 1936 que ha pasado a la historia bajo el nombre de “Algebra y Política”¹⁸.

Las valoraciones “político-algebraicas” de Pablo, para dar respuestas a los problemas de la Revolución Cubana, se sustentaban en lo que él llamó “tres sistemas de ecuaciones políticas” que se expresaban en tres tipos de contradicciones básicas: las que se vinculaban al imperialismo yanqui, las internas de la propia política local y las inherentes al campo revolucionario.

En esta carta, luego de hacer un análisis pormenorizado sobre la manera en que se expresaban los dos primeros tipos de contradicciones, él describe el tercer sistema de ecuaciones políticas (el vinculado a las contradicciones dentro del campo revolucionario) sobre la base del desarrollo de otras “dos ecuaciones fundamentales” que tienen como centro su posición particular con respecto al tema Revolución.

En este sentido, Pablo percibe “los que están en la revolución con un honrado, limpio, claro, consciente concepto del grado alcanzado por nuestras luchas contra el imperialismo, sin más ambición personal que la del triunfo de tales ideas y de

¹⁸ Pablo de la Torriente Brau “Hombres de la Revolución”, Impresora universitaria “André Voisin”, 1973 pp. 337-374

tales conquistas”, y que también están por el Frente Único, por el regreso a Cuba para incorporarse al movimiento popular y encabezarlo, y los que ocupan una posición diametralmente contraria; o sea, los que están, “o por atraso mental, o por ignorancia histórica, o por mala fe política, o por ambición personal de poder inmediato, inclinados a métodos desacordes con la realidad, en función del pueblo, de su porvenir y su bienestar” y que sólo se conforman con el asalto insurreccional sin preparación.

Aunque Pablo reconoce que hay personas sinceras que están a favor del Frente Único pero no de la insurrección, o que comparten la idea de la revolución, pero no su evolución hacia el socialismo, él define las “dos ecuaciones fundamentales” que caracterizan el campo revolucionario, de la siguiente manera: “Más claro aún; los que están de acuerdo en una revolución para Cuba, en marcha hacia el socialismo, cumpliendo sus etapas naturales, y los que, aunque no lo digan, odian esta solución y, urgidos por los hechos, apelan a métodos que todo lo retrasan y todo lo confunden”¹⁹.

Para el mártir cubano, muerto en la guerra civil española, los grupos que apoyaban la revolución con proyección hacia el socialismo, estaban destinados, de manera absoluta, a ser mayoritarios, porque “el pueblo va hacia el socialismo” y porque sus componentes principales: los obreros, estudiantes, profesionales y otros elementos casi siempre de la pequeña burguesía, podrían tener distintas metas sectoriales pero todas las podrían ir alcanzando dentro del mismo rumbo socialista.

Con la segunda ecuación (dentro del campo revolucionario) ocurría algo distinto. Sus representantes, sin dudas, podrían llegar a ser antiimperialistas sólo por dos razones fundamentales: primero porque el imperialismo “en su ambición”, también los oprimía y restaba posibilidades reales a su desarrollo, y segundo, porque sólo podrían “obtener concesiones de él, a base de apoyarse en la opinión general, en la fuerza total popular de lucha, que sí está directa e irreconciliablemente enfrente de aquel”²⁰. Por eso para Pablo, en esta segunda ecuación política, sus integrantes tendrán “la misma meta, pero sus rumbos son distintos y muchas veces contradictorios”.

¹⁹ *Idem, p.360*

²⁰ *Idem, p.363.*

Tal manera de reflexionar por parte de Pablo de la Torriente Brau que utiliza un profundo criterio de clases para definir las **alianzas políticas** y las proyecciones estratégicas de una verdadera **revolución antiimperialista**, lo ubica, junto a Mella, Villena y Guiteras entre los mejores discípulos de José Martí (en aras de crear la más amplia unidad popular contra el enemigo principal de turno) y entre los precursores inmediatos más destacados de la estrategia revolucionaria que siguió Fidel Castro para iniciar la **transición política al socialismo**.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Esto significa que si hacemos un análisis exhaustivo de todo lo que ha sido expuesto en estos dos artículos puestos a disposición del lector, entonces se podrá apreciar que el pensamiento marxista cubano, más destacado, de las décadas del 20 y 30 del siglo pasado (representado por las figuras de Julio A. Mella, Rubén M. Villena, Antonio Guiteras y Pablo de la T. Brau, entre otros), en la cumbre de su madurez política y teórica, y mucho antes de las elaboraciones conceptuales aparecidas después de la Segunda Guerra Mundial, promovió la idea de la transición al socialismo a través de dos principios esenciales:

.Primero, considerando que la **unidad política de acción** entre obreros, campesinos, empleados, estudiantes, intelectuales y distintos sectores de la burguesía, para desplazar del **poder** a la oligarquía burguesa pro imperialista, debía articularse sobre la base de una **hegemonía política del proletariado**, lo que no restaba **cuotas minoritarias de poder** a las otras **fuerzas políticas** integrantes de la **alianza**.

En segundo lugar, asumiendo que tras la conquista del **poder político**, por parte de una **alianza de fuerzas revolucionarias** donde el proletariado emergiera como **clase políticamente hegemónica** (y en correspondencia con las condiciones de país dependiente y subdesarrollado), fuera implementado un programa de transformaciones sociales que se iniciara por el enfrentamiento de medidas de liberación nacional y de carácter democrático-burgués y que también evitara declarar, públicamente, acorde a las necesidades del momento concreto, los objetivos estratégicos de la fuerza hegemónica.

Esta forma de concebir la transición al socialismo, por consiguiente, también nos conduce a otra conclusión esencial: que la revolución de enero de 1959 en Cuba tuvo, durante el siglo XX, dos antecedentes teóricos y políticos fundamentales que llevaban en su seno dos interpretaciones diferentes del pensamiento de Carlos Marx sobre las **alianzas políticas**:

Uno, derivado de los resultados de la Segunda Guerra Mundial y de las tesis que argumentaban la aparición de revoluciones democrático-populares, que abarcaba un primer período de transformaciones democrático-burguesas, antes de iniciar la revolución socialista (cuando supuestamente, con el establecimiento de la dictadura del proletariado, los medios de producción tendrían que pasar a manos del Estado, de forma inmediata), donde el **poder del Estado** estaba encabezado por **alianzas** entre **fuerzas políticas** que representaban al proletariado, las masas campesinas, las clases medias y amplios sectores de la burguesía antifascista (lo que pasó a denominarse dictadura democrático-revolucionaria).

Y otro antecedente, estrictamente cubano, vinculado al espíritu de nuestra Revolución del 30, que concebía la revolución agraria y antiimperialista, como parte de una profunda y larga revolución de carácter socialista, imposible e innecesaria de declarar, públicamente, en aquellos momentos, que se basaba en una amplia **concertación de fuerzas políticas** antimachadistas, o contra el régimen opresor de turno, y que aplazaba para una segunda etapa tanto el control exclusivo del **poder político**, por parte de obreros y campesinos pobres, como el acometimiento de medidas, estrictamente, anticapitalistas para consolidarlo.

Una valoración de este tipo, asimismo, podría conducirnos a una última reflexión de una actualidad enorme, sobre todo, para los nuevos gobiernos antiimperialistas y antineoliberales de nuestra región: **¡Que el llamado socialismo del Siglo XXI, que impulsa la idea de un régimen anticapitalista en el que coexistan, temporalmente, obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales revolucionarios con sectores antiimperialistas de la burguesía, no es una propuesta nueva! En Cuba, como posiblemente en otros países de Latinoamérica, hay quien pensó en un Socialismo distinto, al que pudo derivarse de las nefastas experiencias de la antigua URSS y de una parte de Europa (después de la segunda guerra mundial), con propuestas auténticas multclasistas, no importadas y hegemónicamente proletarias, desde las**

propias entrañas del primer tercio del siglo XX. Sólo, tal vez, para hacer verdadera justicia, debemos retornar a ellos y darle la necesaria legitimidad como precursores.